

## Eucaristía y misión universal\*

MONSEÑOR LUIS AUGUSTO CASTRO Q.\*\*

17

### RESUMEN

*La presencia de Cristo es múltiple y se podría hablar de un doble movimiento que va de la creación, pasando por la historia y la Iglesia a concluir en la eucaristía misma. En cada una de esas etapas está Cristo, pero de modo más denso cada vez. Quien puede reconocer estas presencias y acepta por la fe la de Jesucristo en la eucaristía, entonces experimenta que no se llega a la cumbre para una visión extática, sino que se impele a una misión para que quienes aún no reconozcan esa presencia del Resucitado en las cuatro etapas también tengan la oportunidad de hacer ese mismo recorrido.*

*En nuestro contexto violento, quizás sacral para algunos, los católicos no celebramos la muerte, ya que el último sacrificio debió ser el de Cristo, Él mismo reemplazó el sacrificio cultual por otro culto: el de un banquete en donde los hermanos encuentran perpetuada la presencia del Resucitado que los envía a dar la propia vida por los hermanos.*

1. Permítanme iniciar contándoles que en una ocasión llegó una anciana muy temprano a la Iglesia, para la celebración eucarística. Cuando fue a entrar, notó que la puerta estaba cerrada. Hizo esfuerzos grandes para abrir, pero nada. Se llenó de disgusto por una cosa tan inesperada y cuando estaba por dar la vuelta

\* Conferencia en el III Congreso Eucarístico Nacional, Cali, octubre de 1999.

\*\* Arzobispo de Tunja, Colombia.

para irse, notó que había un papel pegado en la puerta. El papel decía: «También estoy afuera». Firmado: Jesús.

2. La escena nos introduce en una realidad muy bella: la presencia real de Jesús resucitado. ¿Dónde está Él presente? La pregunta se parece a la que un profesor de religión le hacía a sus alumnos: ¿Dónde está Dios? Un niño levantó la mano y respondió: «Dios está en el baño.» El profesor se disgustó con la respuesta y le dijo: «Grosero, irrespetuoso, sacrílego, ¿cómo se le ocurre responder así y por qué dice que Dios está en el baño?» Y el niño explicó: «Todas las mañanas mi papá se levanta más tarde que mi mamá y cuando va a entrar al baño, lo encuentra ocupado y empieza a decir: ¿Dios mío, todavía estás ahí?»

3. Pues bien, ¿dónde está Jesús resucitado y dónde no está? Es fácil responder: Jesús está presente en la totalidad del mundo. No se puede decir que no está en algún lugar. Un cristiano es alguien que puede decir dónde está Jesús pero no sabe decir dónde no está. De la presencia de Jesús resucitado se puede decir cuanto dice el Salmo 138 sobre la presencia de Javé:

¿Adónde iré lejos de tu espíritu,  
adónde huiré lejos de tu rostro?  
Si escalo los cielos, tú allí estás,  
si me acuesto entre los muertos,  
allí también estás.  
Si le pido las alas a la Aurora  
para irme a la otra orilla del mar,  
también allá tu mano me conduce  
y me tiene tomado tu derecha. (Sal. 139 7-10)

4. La presencia del Señor resucitado no se determina por lugares -aquí sí está y allá no está-, sino por grados, por intensidad de presencia.

Tengo una lámpara que se enciende poquito al girar un botón; cuando se vuelve a girar, la luz se hace más fuerte, y cuando se vuelve a girar, la luz llega a la máxima intensidad. La presencia de Cristo resucitado también tiene diversos grados de intensidad:

- Un primer grado de intensidad de presencia acontece en el mundo.
- Otro grado de mayor intensidad acaece en la historia.
- Un tercer grado de intensidad tiene lugar en la Iglesia.
- El cuarto y máximo grado de intensidad de presencia tiene lugar en la eucaristía.

5. La primera presencia acontece en todo el mundo, entre todos los pueblos de la Tierra, sin ninguna frontera. Un primer grado de presencia del Señor resuci-

tado acaece en el mundo abarcado por él como *Kyrios*, es decir, como Señor. El es Señor del universo. Esta presencia de Cristo es una presencia real y no puramente metafórica o analógica.

Qué importante es insistir en esta presencia. El cardenal Ratzinger, en una reciente entrevista, decía: «El deísmo (Dios queda fuera del mundo) nos ha contagiado a todos. Mientras que Dios haciéndose hombre, entrando en la carne, uniéndose a la carne sigue obrando en el mundo, transformándolo.»

Pero esta presencia real del Señor en el mundo es una presencia oscura, como latente, sin nombre y sin rostro. Por eso, alguien podría decir que más bien está ausente. Pero no: Él no está ausente; sucede que nuestros ojos son incapaces de descubrir esa gran eucaristía que es el mundo, esa presencia planetaria del Señor, con su cuerpo glorioso desbordante de vida y vivificador, capaz de hacer cuerpo suyo la realidad entera. Esto es así, pues Dios puso a Cristo como cabeza de todas las cosas (Ef. 1,22) recapitulando en Él el universo entero, las cosas del cielo así como las de la tierra (Ef. 1,10), de manera que todo subsiste en Él (Col. 1,17).

6. El Señor resucitado se encuentra entre los pueblos de Asia con sus grandes religiones universales: el hinduismo, el budismo, el islamismo, el confucionismo.

Un teólogo muy conocido pero también muy cuestionado, Raimundo Pannikar, escribió un libro llamado *El Cristo desconocido del hinduismo*. El título refleja una gran verdad: Cristo resucitado está presente en medio de los fieles hindúes. El cómo está presente es ya un problema teológico en el que las respuestas son múltiples, desde las más desenfocadas hasta las más acertadas. Pero el hecho en sí es verdad: Cristo está presente entre los hindúes. Posteriormente Pannikar amplió su reflexión teológica para hacer ver cómo Cristo está presente, no sólo entre los hindúes, sino en todas las religiones y pueblos de la Tierra.

7. El Señor resucitado se encuentra entre las grandes religiones naturales o locales de África. La teología africana reconoce esa presencia aunque la explicación sobre el modo de la misma es muy variada. Una de las más comunes es reconocer en Cristo muerto y resucitado al supremo antepasado, al gran antepasado y como tal, miembro de la familia. Los africanos sienten una profunda unión con los antepasados pues consideran que la comunión amplia que ha surgido entre los miembros de una familia no se destruye con la muerte, sino que perdura después de ella. Nosotros expresamos esta gran verdad en el Credo, cuando hablamos de la comunión de los santos.

8. El segundo grado de presencia se da a nivel no ya del cosmos, sino de la historia humana, tanto colectiva como personal, que es igualmente abarcada por Cristo. En el Antiguo Testamento el hombre fue considerado como imagen de Dios y lugar de su presencia. En el Nuevo Testamento Jesús se identifica con los hombres, sobre todo, con los más desvalidos «a los que no se avergüenza de llamarlos hermanos» (Hb. 2,11). A esta presencia misteriosa de Cristo en los otros alude el Evangelio: «Cuántas veces hicisteis eso a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis.» (Mt. 25,40; Lc.10, 16).

De esta presencia era muy consciente la madre Teresa de Calcuta, quien veía en sus pobres la presencia misma de Jesucristo. Esta presencia, cuenta ella, la había comprendido muy bien una de nuestras hermanas.

Acababa de dejar la Universidad para trabajar con nosotros y esa mañana tenía que ir a la casa de los enfermos terminales. Antes de irse, le dije: «Has visto en la celebración eucarística de esta mañana con cuánta ternura y amor el celebrante tocaba el cuerpo de Cristo; recuerda que ese es el mismo cuerpo que tocarás en los pobres; tócalos con la misma ternura, con el mismo amor.» Ella salió y regresó tres horas más tarde. Me buscó y me dijo: «Durante tres horas he tocado el cuerpo de Cristo. Cuando llegué a la casa, entraban a un hombre que habían encontrado en un canal totalmente lleno de insectos. Durante tres horas toqué el cuerpo de Cristo; sabía que era él.»

9. Esta presencia de Cristo, aún siendo real y viva, es con frecuencia también oscura, menos manifiesta. Sucede que nos cuesta a veces reconocerle en el mundo y en la historia. Lo confesaba san Agustín en forma preciosa: «Oh belleza siempre antigua y siempre nueva...tú estabas conmigo pero yo no estaba contigo.» Y luego añade: «Brillaste y resplandeciste y curaste mi ceguera.»

No logramos darnos cuenta de que Él es el Señor vivo y glorioso que camina con nosotros, con toda la humanidad. A lo sumo lo consideramos un muerto muy importante.

Les cuento que una señora tenía que atravesar el cementerio para llegar a la casa de una amiga. Era ya oscuro y tenía miedo. Llegó alguien y ella se animó.

- ¿Va usted por el cementerio? - preguntó.
- Sí, por allá voy.
- Entonces ¿podemos acompañarnos?
- Claro que sí.

Cuando iban en medio del cementerio, la señora le preguntó:

- ¿A usted no le da miedo el cementerio?
- Cuando estaba vivo, sí.

Cristo no camina como el recuerdo de un muerto. Es presencia real con nosotros, en nuestra historia, y cuando digo nuestra, me refiero a la historia de la humanidad, con sus gozos y esperanzas, con sus tristezas y dolores.

10. La presencia de Cristo adquiere un grado mayor de viveza, de claridad y de fuerza en la Iglesia, en la comunidad. Presencia que acaece ahora de forma explícita a través de la palabra y del gesto, del encuentro personal por la fe, la esperanza y el amor. «Allí donde estén reunidos dos o tres en mi nombre, allí estaré yo en medio de ellos.» (Mt. 18,20). La comunidad reunida en torno a su Maestro, abierto su corazón al Evangelio, a la Palabra viva de Jesús y a su Espíritu vivificador, es un lugar privilegiado de presencia de Jesús resucitado.

Esta presencia eclesial de Cristo (que supone los dos grados de presencia anteriores) constituye el presupuesto inmediato de la presencia específicamente eucarística. Por eso la eucaristía no puede tener lugar si no es en el contexto previo de la congregación, de la comunidad y de una sintonía personal preliminar –en la palabra y en la fe– entre el Resucitado y los miembros de su cuerpo, convocados y reunidos por Él de manera similar a como el pan partido estaba inicialmente disperso por las montañas y recogido se ha hecho uno. El Resucitado, antes de hacerse presente como alimento, se hace presente como anfitrión que convida a participar del banquete del reino, tal como lo afirmaron los padres de la Iglesia.

11. Finalmente, la presencia adquiere su mayor grado de densidad en la «fracción del pan». Cristo mismo asume los dones a la vez que el gesto de donación que los acompaña, para plasmar en ellos su propia entrega, su cuerpo entregado y su sangre derramada, la donación de su misma persona. Los dones son convertidos en signo eminente de la presencia oblativa de Cristo: «Esto es mi cuerpo que se entrega por Ustedes.»

12. El término «oblativa» es lo opuesto a captativa. Captativo se refiere a una forma de amor, el amor captativo, propio de los niños. Es un amor centrado en ellos y así tiene que ser porque nadie dará después lo que no ha recibido antes. Oblativo es otro modo de amor que ya no está centrado en sí, sino que se refiere a los demás. El amor oblativo se olvida de sí para hacer feliz a los otros. El amor oblativo se hace misión.

Presencia oblativa significa entrega a los demás, para el beneficio de ellos, y en el caso de la eucaristía, para la vida de los otros, en el sentido explicado por Juan: «Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo. El que coma de este pan vivirá para siempre. El pan que yo daré es mi carne, y lo daré para la vida del mundo.» (Jn. 6,51). Es una entrega, no para el propio provecho, sino para cumplir la misión que le ha sido encomendada: «La vida del mundo». Esa es su misión, una misión representada en la entrega total del buen pastor que da la vida por sus ovejas. «Yo he venido para que tengan vida y la tengan en plenitud.» (Jn. 10,10).

13. Es una presencia real del Señor que se convierte en comunión. Por eso es al mismo tiempo la cena del Señor. Entro en comunión con Él y Él me transforma en Él. En realidad yo me convierto en lo que como.

Un campesino decía que sus conejos eran blancos porque comían arroz muy blanco: -Y los míos, que comen zanahoria, ¿por qué no son amarillos? Y los míos, que comen hierba, ¿por qué no son verdes?- preguntaban los otros campesinos.

El dueño del conejo blanco estaba equivocado con lo del arroz. Pero nosotros no estamos equivocados con la hostia blanca. Ella nos transforma en el ser mismo de Cristo, nos trasfigura. El gran drama de la eucaristía no consiste sencillamente en hacer de los dones del pan y vino el cuerpo de Cristo, sino sobre todo en hacernos (a nosotros mismos) el cuerpo de Cristo. San León Magno lo explica: «Recibiendo la virtud del manjar celestial, nos transformamos en la carne de Aquél que se hizo carne nuestra.» «Pues no hace otra cosa la participación en el cuerpo y la sangre de Cristo que el que nos convirtamos en aquello que comemos.»

Esos verbos como convertirse, transformarse en el cuerpo de Cristo, no se refieren sólo al pan y al vino, sino a cada uno de nosotros que recibimos ese pan y a toda la Iglesia.

14. Ya no es meramente presencia *ante* nosotros (en el cosmos). Ni mera presencia *con* nosotros (en la historia humana). Ni sólo presencia *para* nosotros (presencia en la Iglesia por la palabra y el gesto). Es presencia *en* nosotros (como alimento) que abarca todos los otros grados de presencia y los compendia a la vez que los lleva a plenitud, a su máxima concentración, fuerza de irradiación y de transformación.

15. *Una escena bíblica de síntesis.* La de los discípulos de Emmaús es una de esas riquísimas escenas bíblicas que nos ofrecen las diversas presencias de Jesús. Es una escena en cuatro actos:

- Primero: El Evangelio nos dice que caminó con ellos pero sus ojos no eran capaces de verlo. Estaba ante ellos pero para ellos era un desconocido.
- Segundo: Luego empezaron a hablar y Jesús les explicó la historia de la salvación, los acompañó en su reflexión a lo largo del camino.
- Tercero: Entró a la casa de ellos, a invitación de los mismos. Los tres se reunieron.
- Cuarto: se partió el pan y en ese momento sus ojos se abrieron para verlo y gozar de su presencia como nunca.

16. Pero todo lo dicho aquí es solo la primer parte de una gran verdad. Y la gran verdad nos la ofrece la misma escena de Emmaús: regresaron presurosos a anunciar que estaba vivo y que había estado con ellos.

Esta presencia en el partir el pan incluye también una desaparición: inmediatamente él desapareció de su presencia (Lc. 24,31). Es esta desaparición la que no permite el éxtasis como meta, el quedarse quietos como hubiera querido Pedro cuando en el momento de la trasfiguración de Jesús dijo: «Hagamos tres chozas» (Mc. 9,5). Nada de eso. La eucaristía los pone en movimiento, los lanza fuera, los constituye en apóstoles que anuncian a Cristo vivo: «...en el mismo instante se levantaron y volvieron a Jerusalén (v. 33) y allí contaron todo lo que les había pasado y cómo lo reconocieron en la fracción del pan (v. 35) (Lc. 24, 33-35).

17. Entonces, pueden darse cuenta de un doble movimiento: esa presencia escondida de Jesús en el mundo no puede quedar así; toda ella empuja a que Cristo sea reconocido en la fe y en el amor, en la celebración eucarística. Pero a su vez, la eucaristía nos remite hacia esa otra presencia silenciosa en el mundo y nos abre los ojos y desata nuestras manos para que acertemos a convertir en banquete fraternal, epifanía y manifestación viva de Cristo, ese fragmento de la historia y del mundo al que somos enviados.

18. Estamos llamados a repetir en el mundo la escena de la multiplicación de los panes. Ser misioneros, vivir la misión universal, es aceptar ese pan del Señor y llevarlo a quienes aún no logran ver su presencia por carecer de la fe.

Miren su propia mano, no para hacer propaganda al servicio telefónico, sino para que vean el gran desafío indicado con los cinco dedos. De ellos, tres indican quiénes no se han dado cuenta de la presencia de Cristo ante ellos y con ellos; a saber, los pueblos que no conocen a Cristo, dos reconocen la presencia de Cristo para ellos y son todos los cristianos pero sólo un dedo reconoce la presencia en ellos gracias a la eucaristía, al pan de vida bajado del Cielo. Entonces,

estamos llamados a colaborar misioneramente en la gran multiplicación del pan de la eucaristía en todo el mundo. Jesús decía: «Yo he venido para que los que no ven, vean.» (Jn. 9, 39). Y también nos manda al mundo, a los pueblos, sus historias y culturas:

- Para que ellos vean la presencia de Cristo, el Señor, a partir del diálogo y del primer anuncio del Reino.
- Para que encuentren al Señor allí mismo donde viven.
- Para que ellos sean transformados y recapitulados en Cristo, es decir, que Él sea la cabeza y ellos su cuerpo.
- Para que se alimenten del pan de vida eterna.

19. *La eucaristía es vida.* La bomba atómica es la concentración de la máxima energía en el mínimo espacio para dar la muerte. La eucaristía es la concentración de la máxima energía en el mínimo espacio para dar la vida. La eucaristía se parece a la explosión de la bomba. Nos lanza lejos, nos pone en movimiento, impide que nos encerremos, nos convoca a que salgamos a dar testimonio con la vida, las obras y las palabras.

Jesús decía que el sábado está hecho para el hombre (Mc. 2,27). Así también la eucaristía está hecha para la humanidad, para que esa eucaristía se convierta en camino, en espíritu y en verdad que lleve la humanidad al Padre.

La eucaristía no es un refugio para nosotros. La eucaristía nos reúne para mandarnos fuera de nuestro círculo cerrado hacia los refugios de los demás. (Cfr., Andree Joos, *Eucaresia e spiritualità dell'epiclesi*, p. 104 y ss)

20. *El compromiso misionero de la eucaristía.* Por una parte, la misión toda ella lleva a culminar en la eucaristía. Es el punto de llegada, pues la gloria de Dios y la exaltación de su presencia plena es siempre la máxima meta.

La evangelización de los pueblos que brota del envío del Señor tiene muchas etapas y ellas tienen su punto de llegada en la eucaristía. Pero al mismo tiempo, la eucaristía es punto de partida. El sentido de este pan es el de crear un solo cuerpo pero no entre nosotros los cristianos, sino un solo cuerpo que es la humanidad.

Nosotros partimos el pan: pero este partir es un símbolo vacío si en el momento mismo no nos juramos a nosotros mismos querer que la humanidad toda sea un solo cuerpo.



Esta humanidad totalmente rescatada es el punto último de la historia dentro de la cual vivimos.

La eucaristía es evangelizadora y hacedora de evangelizadores.

21. *El compromiso eucarístico en la misión.* Viaje misionero y comida eucarística van juntas. Tal vez ésta es la mejor imagen del Evangelio de san Lucas que puede definirse como diez comidas distintas y un solo viaje verdadero.

Lucas nos presenta a Jesús en ese viaje misionero, el viaje del enviado del Padre: es el viaje del enviado del Padre que tiene que ir a todas las ciudades y aldeas para anunciar la buena nueva porque para eso ha sido enviado (Lc. 4,43). Es el viaje misionero para llevar la Palabra y que requiere el pan y la hospitalidad como parte del mismo. Por eso, nos habla de diez comidas en los diversos momentos del viaje de Jesús.

La eucaristía es el pan de los que viajan como misioneros a anunciar la Palabra. La eucaristía es el pan de los que han recibido la Palabra y pueden ver en ese pan la presencia del Señor que los acompaña en su viaje (Emmaus). Según Lucas, la mesa que Jesús quiere compartir tiene tres metas: ser signo de perdón, ser fuente de conversión, ser gesto de misericordia (96).

22. Ustedes conocen al profeta Elías quien después de acabar con los sacerdotes de Baal tuvo que huir a través del desierto para escapar de Jesabel, que había jurado matarlo. Pues bien, podemos encontrar en ese viaje a dos Elías: el número uno y el número dos. Elías número uno se echa desanimado del viaje en la arena y pide que le llegue la muerte. Pero el Señor le envía pan para reconfortarlo. Elías se levanta, y come el pan y luego se vuelve a echar a dormir. Elías número dos es el que es despertado para que coma y para que una vez reconfortado, siga el viaje, porque el camino por recorrer es muy largo. ¿Cuántos cristianos son el Elías uno, que comen la eucaristía y se echan a dormir? Necesitamos cristianos como el Elías dos: comen y reciben la fuerza para ponerse en viaje misionero hacia los que aún no conocen a Cristo.

23. Este viaje misionero es un ir que tiene mínimo tres frentes:

A. Ir, con la fuerza de la eucaristía, hacia aquellos que no conocen a Jesucristo para anunciarles el *Kérygma*, a Cristo resucitado para que sea acogido personalmente con fe en la propia vida y se desarrolle como comunidad de fe, esperanza y amor.

B. Ir hacia la sociedad dividida por las múltiples violencias que nos aquejan, para generar en ellas la unidad eucarística.

C. Ir hacia las otras Iglesias más necesitadas para compartir con ellas la riqueza de nuestra fe y el pan de vida.

24. La comunión nos lanza fuera a la misión y esta misión no es otra que el anuncio de Jesucristo muerto y resucitado para que él sea acogido por la fe. Una comunión eucarística que no lleva al anuncio, es como un matrimonio que no quiere tener hijos. Porque el anuncio genera hijos, como Pablo lo decía al presentarse él mismo como una madre con dolores de parto hasta que Cristo no estuviese formado en los otros. Y se presentaba también como un padre, algo diverso de un pedagogo. El es padre porque los ha engendrado en la fe mediante el anuncio.

25. Parte esencial de la tarea misionera, he dicho, es favorecer la unidad de la humanidad, claro está, luchando por superar las grandes divisiones, las grandes enemistades, las luchas fratricidas, en una palabra, la violencia que nos sobrecoge.

Déjenme hablarles de cuanto sostiene el antropólogo René Girard. Él dice que en los orígenes de la ciudad del hombre (y lo demuestra con una larga documentación), hay siempre un asesinato sacrificial. Matar es como el acto ritual de la fundación de la ciudad. Los hombres vivían una experiencia trágica de una agresividad recíproca sin límites. Por una especie de pacto, esta agresividad se descargaba sobre una víctima escogida, el chivo expiatorio, en la que todos los pecados de la ciudad se condensaban. Matar a la víctima devolvía la paz a la ciudad, permitía la convivencia dentro de la ley y en el respeto de unos a otros.

26. Según Girard, hay una sola excepción: la de la religión bíblica y de manera especial y evidente, la de Jesucristo. Jesús fue a la muerte, fuera de la ciudad, con plena conciencia; pero antes de la muerte abolió el sacrificio sustituyéndolo por un banquete. En la comunidad de fe que deriva de Jesús no hay sangre derramada. El último sacrificio es el suyo. En ese momento termina la ley de la violencia sacralizada de la que viven las religiones a través de procesos de sublimación. Por una inversión de lucha radical, la agresividad sacralizada es remplazada por el amor recíproco (B 224).

El banquete eucarístico es el gran signo de la superación de la violencia y el gran signo del amor mutuo. Para que nuestra patria se «eucaristice» eliminando la violencia y dando fuerza a la convivencia pacífica, al amor mutuo entre herma-

nos, estamos llamados a salir de nosotros mismos, en actitud misionera, hacia los demás. Basta de sacrificios cruentos. Ahora el único sacrificio es el de la comunión en Cristo, el de la cena del Señor, el banquete de la humanidad. La eucaristía nos compromete a luchar por la paz y la fraternidad. Es parte de nuestra misión con la humanidad, con la historia, con la Iglesia.

Melquisedek, sacerdote del Dios altísimo, no ofreció sacrificios; ofreció pan y vino, símbolo de fraternidad, anuncio de un mundo nuevo.

28. La tercera proyección eucarística es hacia las otras iglesias hermanas. Es una proyección muy misionera. Se trata de compartir el pan de la propia fe, de la propia alegría, de los propios recursos; se trata de dar desde la propia pobreza; se trata de ir más allá de las fronteras culturales o geográficas para vivir la fe en tierra extranjera, en ayuda de otras iglesias hermanas. Este es un tema recientemente tratado por la Santa Sede, que se refiere a la obligación de la cooperación misionera que corresponde a todos los cristianos.

29. *Conclusión.* Déjenme concluir de la misma manera como concluí mi intervención en el Congreso Misionero Latinoamericano, COMLA VI. Les contaba allí y les cuento a ustedes que al primer ministro de Inglaterra, Oliverio Cromwell, se le acabó el metal con el que se hacían las monedas, así que estaba en un gran problema. Ordenó a sus súbditos que fuesen por todo el reino buscando este metal. Los súbditos fueron y regresaron diciéndole: «Ese metal sólo lo encontramos en las iglesias. Hay muchos santos hechos con él.» Entonces Cromwell dio la orden: «Derrítanse los santos y pónganse en circulación.»

América Latina tiene muchos santos, gente buenísima, maravillosa, que se alimenta de la eucaristía cotidiana. Sólo les falta una cosa: que sean derretidos con el fuego del Espíritu y sean puestos en circulación misionera. Ojalá el Congreso Eucarístico contribuya a esta circulación universal misionera para que la presencia de Cristo resplandezca en *plenitud eucarística en todos los lugares de la tierra.*

## BIBLIOGRAFÍA

BOROBIO, DIONISIO, *Eucaristía y nueva evangelización*, Desclée de Brower, Bilbao 1992.

CASTRO, LUIS AUGUSTO, *El cristiano, hombre planetario*, Ed. San Pablo, Bogotá, 1993.

CASTRO, LUIS AUGUSTO, *Ensancha el espacio de tu tienda*, Ed. Paulinas, Bogotá, 1998.

CASTRO, LUIS AUGUSTO, *El gusto por la misión*, Ed. Celam, Bogotá, 1994.

CASTRO, LUIS AUGUSTO, *Diálogos misioneros y otros alegatos*, Consejo Nacional de Misiones, Bogotá, 1996.

CASTRO, LUIS AUGUSTO,, *Nunca es más oscuro que cuando va a amanecer*, Ed. Paulinas, Bogotá, 1998. GESTEIRA, GARZA, MANUEL, *La eucaristía misterio de comunión*, Ed. Sígueme, Salamanca, 1992.

DURRWELL, FRANCOIS – XAVIER, *L'Eucaristia, sacramento del mistero pasquale*, Ed. Pauline, Roma, 1982.

JOOS, ANDRÉ, *Eucaristia e spiritualità dell'epiclesi*, Ed. Ancora, Milano 1985.

MALDONADO, LUIS, *Eucaristía en devenir*, Ed. Sal Terrae, Santander, 1997